

STEPHEN KING



DESPUÉS

Jamie Conklin, el único hijo de una madre soltera, solo quiere tener una infancia normal. Sin embargo, nació con una habilidad sobrenatural que su madre le insta a mantener en secreto y que le permite ver aquello que nadie puede y enterarse de lo que el resto del mundo ignora. Cuando una inspectora del Departamento de Policía de Nueva York le obliga a evitar el último atentado de un asesino que amenaza con seguir atacando incluso desde la tumba, Jamie no tardará en descubrir que el precio que debe pagar por su poder tal vez es demasiado alto.

Para Chris Lotts

No hay demasiados mañanas.

MICHAEL LANDON

No me gusta empezar con una disculpa (seguro que existe alguna regla que lo desaconseja, como la de no abusar de los adverbios terminados en -mente), pero, tras revisar las treinta páginas que llevo escritas, me siento obligado a hacerlo. Se debe a cierta palabra que no dejo de utilizar. No me refiero a los tacos, que aprendí de mi madre y que uso desde una edad temprana (como comprobarás), me refiero a la palabra *después*, en plan «tiempo después» o «después me enteré» o «fue solo después cuando comprendí». Soy consciente de que suena repetitivo, pero no me queda otro remedio, porque mi relato arranca cuando aún creía en Papá Noel y en el Ratoncito Pérez (aunque ya a los seis años me asaltaban las dudas). En la actualidad tengo veintidós, así que en cierto modo esto es después, ¿no? Me figuro que cuando cumpla los cuarenta –en el supuesto de que viva tanto– miraré atrás y recordaré lo que creía entender a esa edad y me daré cuenta de la cantidad de cosas que se me escapaban. Siempre existe un después, eso lo sé ahora. Al menos hasta que morimos. Supongo que a partir de entonces todo será *antes*.

Me llamo Jamie Conklin y, en cierta ocasión, dibujé un pavo de Acción de Gracias que me pareció la bomba. Después –y no mucho después– me enteré de que sí, era una bomba, pero de las fétidas. A veces la verdad es un auténtico asco.

Diría que esta es una historia de terror. Tú juzgarás.

1

Volvía a casa del colegio, agarrado de la mano de mi madre. En la otra llevaba el pavo, uno de esos que pintábamos en primer curso la semana antes de Acción de Gracias. Estaba tan orgulloso del resultado que casi me meaba de los nervios. Te explico cómo lo hacíamos: poníamos la mano sobre un trozo de cartulina y luego trazábamos el contorno con una cera. De esa forma sacábamos la cola y el cuerpo. En cuanto a la cabeza, cada uno se las apañaba como podía.

Se lo enseñé a mamá y se puso en plan «sí sí sí» y «bien bien bien», magnífico, aunque me parece que apenas le echó un vistazo. Seguramente estaría pensando en uno de los libros que intentaba vender. «Publicitar el producto», lo llamaba. Porque mamá era agente literaria, ¿sabes? La agencia había pertenecido a su hermano, el tío Harry, pero mamá se había hecho cargo del negocio un año antes de la época de la que te estoy hablando. Es una historia larga y, bueno, un mal rollo.

—He usado el verde bosque porque es mi color favorito. Ya lo sabías, ¿a que sí? —dije; para entonces casi estábamos en nuestro edificio, a apenas tres manzanas del colegio.

Ella sigue con sus «sí sí sí». Y luego me dice:

—Cuando lleguemos a casa, ponte a jugar o siéntate a ver *Barney y sus amigos* y *Aventuras sobre ruedas*, que

tengo que hacer tropecientas llamadas.

Entonces contesto yo «sí sí sí», lo que me valió un codazo y una sonrisa. Me alegraba cuando conseguía que sonriera, porque incluso con seis años me daba cuenta de que mi madre se tomaba el mundo muy en serio. Tiempo después descubrí que parte del motivo era yo. Dudaba de si estaría criando a un hijo con problemas mentales. El día del que te hablo es cuando se convenció de que, al fin y al cabo, no estaba loco. Lo cual debió de suponerle en cierto modo un alivio y en cierto modo todo lo contrario.

—No hables de esto con nadie —me dijo después, esa misma noche—. Solo conmigo. Y a lo mejor ni siquiera deberías contármelo a mí, ¿vale, peque?

Contesté que sí. De pequeño, a tu mamá le dices a todo que sí. Menos cuando te manda a la cama, claro, o te pide que te acabes el brócoli.

Llegamos a nuestro edificio y el ascensor seguía averiado. Cabría pensar que las cosas habrían resultado de forma distinta si hubiera funcionado, pero lo dudo. Yo creo que las personas que dicen que la vida es una consecuencia de las decisiones y los caminos que tomamos son unos cantamañanas. Porque, fíjate, por la escalera o en el ascensor, habríamos salido igual en el tercero. Cuando el dedo caprichoso del destino te señala, todos los caminos llevan al mismo sitio, eso es lo que creo yo. Puede que cambie de opinión cuando sea mayor, pero sinceramente lo dudo.

—Puto ascensor —soltó mamá, y añadió—: Tú no has oído nada, peque.

—¿Oír qué? —le respondí, y me gané otra sonrisa.

La última de aquella tarde, te lo aseguro. Le pregunté si quería que le llevara el bolso, que como siempre contenía un manuscrito; un tocho ese día, como de quinientas páginas (si hacía buen tiempo, mamá se sentaba en un banco a leer mientras esperaba a que saliera de clase).

—Una oferta encantadora, pero ¿qué te digo siempre?

–Que cada uno tiene que soportar su propia carga en la vida –respondí.

–Correcto.

–¿Es un libro de Regis Thomas? –pregunté.

–En efecto. El bueno de Regis, que nos paga el alquiler.

–¿Es sobre Roanoke?

–¿Hace falta preguntar, Jamie?

Reí con sarcasmo. El bueno de Regis *solo* escribía sobre Roanoke. Esa era la carga que soportaba en la vida.

Subimos por la escalera hasta el tercero, donde había otros dos apartamentos además del nuestro, que era el más lujoso y estaba situado al final del pasillo. El señor y la señora Burkett se encontraban fuera, de pie ante la puerta del 3A, y supe enseguida que pasaba algo, porque él estaba fumando un cigarrillo, lo que nunca le había visto hacer y que además en nuestro edificio estaba prohibido. Tenía los ojos inyectados en sangre y el pelo revuelto, del que brotaban espigas de color gris. Yo siempre me dirigía a él como «señor», aunque en realidad era «profesor» Burkett y daba clases de algo sofisticado en la Universidad de Nueva York: literatura inglesa y europea, me enteré después. La señora Burkett iba descalza y en camisón, uno muy fino. Se le transparentaba casi todo.

–Marty, ¿qué ha pasado? –preguntó mi madre.

Sin darle tiempo a responder, le enseñé el pavo. Porque parecía triste y quería animarlo, pero también porque estaba orgulloso de mi obra.

–¡Mire, señor Burkett! ¡He dibujado un pavo! ¡Mire, señora Burkett! –Lo sostuve delante de mi cara, porque no quería que la mujer creyera que estaba mirando sus partes.

El señor Burkett no me prestó atención. Supongo que ni me oyó.

–Tía, tengo que darte una terrible noticia. Mona ha muerto esta mañana.

Mi madre dejó caer entre los pies el bolso con el manuscrito y se tapó la boca con la mano.

–¡Ay, no! ¡Dime que no es verdad!

El hombre rompió a llorar.

–Se levantó por la noche y dijo que quería un vaso de agua. Yo me volví a dormir y esta mañana la he encontrado en el sofá tapada con un edredón hasta la barbilla, así que he ido de puntillas a la cocina y he preparado el café, porque pensé que un olor agradable... Que se de-de-despertaría... se despertaría...

Él entonces se derrumbó. Mamá lo cogió entre sus brazos, como me cogía a mí cuando me hacía daño, aunque el señor Burkett debía de tener como cien años (setenta y cuatro, me enteré después).

Fue en ese momento cuando me habló la señora Burkett. Me costó oírla, pero no tanto como a otros, porque ella aún estaba bastante fresca.

–Los pavos no son verdes, James.

–Bueno, pues el mío sí –le contesté.

Mi madre seguía sosteniendo al señor Burkett, acunándolo casi. Ellos no la oyeron, porque no podían, ni tampoco me oyeron a mí, porque estaban ocupados con cosas de adultos: mamá, consolando y el señor Burkett, llorando a lágrima viva.

–He llamado al doctor Allen y, cuando ha venido, ha dicho que probablemente había sufrido una rama. –Al menos eso entendí. Lloraba tanto que costaba distinguir las palabras–. Ha avisado a la funeraria, y se la han llevado. No sé qué voy a hacer sin ella.

–Mi marido le va a quemar el pelo a tu madre si no tiene cuidado con el cigarro –dijo la señora Burkett.

Dicho y hecho. Me llegó el tufo a pelo chamuscado, una especie de olor a salón de belleza. Mamá era demasiado educada para reprocharle nada, pero se deshizo del abrazo y a continuación le quitó el cigarrillo, lo dejó caer y lo aplastó con el pie. Si bien me pareció una guarrería, ti-

rar basura al suelo así, me callé. Comprendía que se trataba de una situación especial.

También sabía que, si seguía hablando con la señora Burkett, se pondría histérico. Y mamá también. Hasta los niños saben algunas cosas básicas, a no ser que tengan fundida la azotea. Decías «por favor», decías «gracias», no te sacabas la pilula en público ni masticabas con la boca abierta, y tampoco hablabas con personas muertas cuando se encontraban al lado de personas vivas que acababan de perderlas. Solo quiero alegar en mi defensa que, cuando la vi, no sabía que estaba muerta. Tiempo después aprendí a diferenciarlos mejor, pero en aquella época aún me faltaba práctica. Lo supe por el camisón que se transparentaba, no por ella. Los muertos tienen pinta de vivos, salvo por el hecho de que siempre llevan puesta la ropa con la que murieron.

Entretanto el señor Burkett repetía todo lo sucedido. Le contó a mi madre que se había sentado en el suelo al lado del sofá y había cogido de la mano a su mujer hasta que llegó el médico y luego otra vez hasta que llegó el empleado de pompas fúnebres para trasladarla. «Allende este mundo», había añadido, cosa que no entendí hasta que mamá me lo explicó. Y al principio me pareció que decía el empleado de «bombas fúnebres», tal vez por cómo olía cuando le quemó el pelo a mamá. La llorera había remitido, pero de pronto volvió a cobrar intensidad.

—Han desaparecido sus anillos —dijo entre lágrimas—. La alianza y el anillo de compromiso, el del diamante grande. He mirado en su mesilla, donde los pone cuando se unta las manos con esa crema maloliente para la artritis...

—Sí que huele mal —admitió la señora Burkett—. La lanolina es básicamente cera de oveja, pero va bien de verdad.

Hice un gesto con la cabeza para mostrar que entendía, aunque no dije nada.

–... y en el lavabo, porque a veces se los deja allí... He buscado *por todas partes*.

–Ya aparecerán –lo tranquilizó mi madre y, con el pelo ya fuera de peligro, volvió a abrazar al señor Burkett–. Aparecerán, Marty, no te preocupes por eso.

–*¡La echo mucho de menos! ¡Ya la echo de menos!*

La señora Burkett agitó una mano delante de la cara.

–Le doy seis semanas antes de que invite a comer a Dolores Magowan.

El señor Burkett sollozaba, y mi madre lo consolaba como me consolaba a mí cuando me raspaba las rodillas o aquella vez que quise prepararle una taza de té y me vertí agua hirviendo en la mano. En otras palabras, había mucho ruido, así que probé suerte, aunque en voz baja.

–¿Dónde están sus anillos, señora Burkett? ¿Lo sabe?

Tienen que decir la verdad cuando están muertos. Eso a los seis años lo ignoraba; estaba convencido de que los adultos, vivos o muertos, nunca mentían. Claro que por aquel entonces también creía que Ricitos de Oro era una niña real. Puedes llamarme idiota si quieres, pero al menos no me tragaba que los tres osos hablaran.

–En el armario del recibidor, en el estante de arriba –contestó ella–. Al fondo, detrás de los álbumes de recortes.

–¿Por qué están ahí? –pregunté, y mi madre me miró con cara rara.

Que ella viera, estaba hablándole a una puerta vacía..., aunque para entonces ya sabía que yo no era exactamente igual que los demás niños. Después de lo ocurrido en Central Park, una cosa nada agradable –ya llegaré a eso–, oí que le decía por teléfono a una editora amiga suya que yo era una «casandra». Me acojoné, porque me imaginé que a partir de entonces me iba a llamar Casandra, que es nombre de chica.

–No tengo ni idea –dijo la señora Burkett–. Supongo que ya estaba sufriendo el derrame y mis pensamientos

estarían ahogándose en sangre.

Pensamientos ahogándose en sangre. Nunca he olvidado esa frase.

Mamá preguntó al señor Burkett si quería entrar en casa a tomar una taza de té («o algo más fuerte»), pero él respondió que no, que iba a emprender otra búsqueda de los anillos perdidos de su mujer. Le preguntó si quería que le lleváramos comida china, que había pensado pedirla para cenar, y dijo que estaría bien, gracias, Tía.

Mi madre respondió «de nada» (que lo coreaba tanto como «sí sí sí» y «bien bien bien») y luego le dijo que se la llevaríamos a su apartamento a eso de las seis, a menos que le apeteciera pasar a cenar con nosotros, que sería bienvenido. Él dijo que no, que prefería comer en su casa, pero que le gustaría que cenásemos juntos. Solo que en realidad dijo «en *nuestra* casa», como si la señora Burkett siguiera viva. Que no era el caso, aunque estuviera allí presente.

—Para entonces ya habrás encontrado los anillos —le aseguró mamá. Me cogió de la mano—. Vamos, Jamie. Vendremos a ver al señor Burkett después, ahora es mejor que lo dejemos tranquilo un rato.

—Los pavos no son verdes, Jamie —repitió la señora Burkett—, y de todas formas eso no se parece a un pavo. Parece un pegote con dedos. No eres ningún Rembrandt.

Los muertos están obligados a decir la verdad, algo que viene bien cuando quieres conocer la respuesta a una pregunta, pero, como he comentado, la verdad puede ser un auténtico asco. Empezaba a enfadarme, sin embargo, justo entonces rompió a llorar y se me pasó. Se volvió hacia el señor Burkett y dijo:

—¿Quién comprobará ahora que has metido el cinturón por la trabilla de atrás del pantalón? ¿Dolores Magowan? ¡Ja, cuando vuelen los cerdos! —Le plantó un beso en la mejilla... o quizá solo besó al aire, no sabría decir—. Te quería, Marty. Aún te quiero.

El señor Burkett levantó la mano y se rascó donde lo habían rozado los labios de su mujer, como si le picara. Imagino que eso pensó él.

2

Pues sí, veo muertos. Que yo recuerde, siempre ha sido así. La cosa, sin embargo, no va como en la peli de Bruce Willis. Puede ser interesante, puede ser aterrador (como con el tío de Central Park), y puede ser un coñazo, pero la mayoría de las veces es lo que es, sin más. Como ser zurdo o ser capaz de tocar música clásica con tres o cuatro años o desarrollar un alzhéimer de inicio temprano, que es lo que le ocurrió al tío Harry con solo cuarenta y dos años. De niño, me parecía que a esa edad ya eras viejo, aunque incluso entonces entendía que no tanto como para acabar olvidando quién eras. Y olvidando el nombre de las cosas; por alguna razón, eso siempre era lo que más me asustaba cuando íbamos a visitarlo. Sus pensamientos no se ahogaban en la sangre de un vaso cerebral reventado, pero se ahogaban de todos modos.

Mamá y yo caminamos despacio hasta el 3C, y ella abrió la puerta. Tardó un poco, porque había tres cerraduras. Decía que es el precio que se paga por vivir con estilo. Teníamos un piso de seis habitaciones con vistas a la avenida. Mamá lo llamaba «el Palacio». Teníamos una señora de la limpieza que acudía dos días a la semana. Mamá tenía un Range Rover en el *parking* de la Segunda Avenida, y de cuando en cuando nos escapábamos a la casa del tío Harry, en Speonk. Gracias a Regis Thomas y a unos pocos escritores más (pero, sobre todo, gracias al bueno de Re-

gis), vivíamos a cuerpo de rey. No duraría, por una serie de sucesos deprimentes de los que hablaré en breve. Al mirar atrás, a veces se me ocurre que mi vida era como una novela de Dickens, solo que con tacos.

Mamá tiró el manuscrito y el bolso encima del sofá y se sentó. El asiento emitió una especie de pedo, un ruido que normalmente nos hacía reír, pero no ese día.

–Hay que joderse –dijo mamá, y luego levantó una mano con gesto de contención–. Tú no...

–No he oído nada, nada.

–Bien. Necesito un collar que me suelte una descarga eléctrica o algo que zumbe cada vez que diga un taco delante de ti. Así aprendería. –Sacó el labio inferior y sopló hacia arriba para apartarse el flequillo–. Me quedan por leer doscientas páginas del último libro de Regis...

–¿Cómo se llama este? –pregunté, sabiendo que el título sería algo con «de Roanoke». Como todos.

–*La doncella fantasma de Roanoke*. Es de los mejores, tiene mucho se... muchos besos y abrazos.

Arrugué la nariz.

–Lo siento, peque, a las señoras les gustan esos corazones palpitantes y muslos ardorosos. –Miró la bolsa en la que guardaba *La doncella fantasma de Roanoke*, sujeto con las seis o siete gomas de costumbre, una de las cuales siempre se rompía y provocaba que mamá soltara una reahíla de reniegos. Muchos de los cuales sigo utilizando yo –. Pero ahora no me apetece hacer nada, solo quiero tomarme una copa de vino. Tal vez la botella entera. Mona Burkett era una tocapelotas de cuidado; de hecho, puede que a la larga Marty esté mejor sin ella, pero en estos momentos está destrozado. Espero por Dios que tenga familia, porque no es que me entusiasme la idea de ser su paño de lágrimas oficial.

–Ella también lo quería –le dije.

Mamá me miró con cara rara.

–¿Sí? ¿Tú crees?